

TRIBUNA ABIERTA

Charlatanes



POR ANTONIO NARBONA

Son los que, más que aportar algo, persiguen erigirse en protagonistas de un acto comunicativo efímero condenado al olvido inmediato

En un trabajo firmado por una veintena de prestigiosos científicos (2020) se llega a la conclusión de que los más habladores tienen muchas posibilidades de convertirse en 'líderes' de grupo, con independencia de si destacan por su inteligencia y personalidad, y al margen de que demuestren un mejor conocimiento de los asuntos e incluso de que sus frases tengan o no sentido relevante y coherente.

¡Vaya! Es lo que pensamos casi todos al observar que en una conversación —en que deben repartirse de un modo más o menos equilibrado los turnos— alguien se hace con la 'voz cantante' y habla 'por los codos', sin dejar intervenir a nadie. Un contertulio que monopolice la palabra puede, en efecto, terminar 'llevándose el gato al agua' e imponiéndose, incluso cuando nada de lo que dice venga a cuento ni merezca la pena oír ¡Cuántas ideas fecundas y aprovechables de los demás no llegan ni a aflorar o quedan aplastadas por la verborrea de los que hablan 'sin parar'!

No sé si es exagerado eso de que 'no sabemos dialogar'. Pero sí que el 'éxito' de los *charlatanes*, cuya capacidad de escuchar es nula, y a los que nada importa convertir el diálogo en 'su' monólogo, descansa, claro, en el 'cortés' silencio de los que arrojan la toalla. Les aseguro que en no pocas ocasiones he intentado —y más de una y dos veces— meter baza, pero me he quedado con la palabra en la boca. Y no soy un caso único, ni raro.

Tampoco me interesa comprobar qué hay de cierto en la creencia (casi) generalizada de que en Andalucía se charla más que en [los] otros sitios del dominio hispanohablante. Pero la verdad es que la noción —indefinible— de *expressividad* suele asociarse a los andaluces, como si fuera una de sus 'propiedades', aunque a menudo se reduce a su inclinación a hablar mucho y sin sustancia, a exteriorizar con gran viveza lo que sienten (no tanto ideas o pensamientos), incluso a decir lo que se debe callar. Y no estoy pensando en el 'gracioso' de turno que (en muchas ocasiones sin venir a cuento) suelta chistes y chascarrillos, y los demás quedan reducidos a pasivos oyentes que ríen. En las más de 600 páginas de «Que usted lo pase bien» (Sevilla, 2021), de mi amigo Juan José Ruiz, el número de chistes de 'andaluces' (más de la mitad de los cuales son de 'leperos', habitantes de Lepe, Huelva) es similar al de 'vascos' y no muy superior al de 'catalanes'. Por cierto, no son los más recurrentes —ni los que más risa provocan— los (pocos) basados en equívocos generados por rasgos fonéticos meridionales, como el *ceceo* (el que se va 'de casa', no 'de caza') o la eliminación de la sílaba inicial («-¿Cómo se dice caja en vasco? -Kutxa -No oigo ná»). Menos me importa aquí otro

tópico, el de la fama de *embaucadores* que se les suele atribuir (*embaucador* ha llegado a ser casi sinónimo de *charlatán*), pues no casa con la idea de 'engañar', que requiere, además de la 'candidez' (o 'candor') o 'inexperiencia' de un incauto, que el contenido sea de envidia, precisamente lo que con frecuencia se echa en falta en los 'profesionales' de no dejar hablar, que los hay en todas partes. Son los que, más que aportar algo, persiguen erigirse en protagonistas de un acto comunicativo de carácter efímero condenado al olvido inmediato.

En la actualidad, tan interesante como averiguar por qué un hablante que no sale de los lugares comunes —sin hacer avanzar un milímetro la 'charla'— se apodera del coloquio, 'obligando' a los otros a asentir, sin derecho a réplica, es preguntarse si eso acabará trasladándose al continuo intercambio actual de mensajes escritos (o de 'voz' automáticamente transcritos). Aunque pueda parecer que se está poniendo a prueba la supervivencia de la conversación 'cara a cara', hay que responder que no. En la escritura, por muy 'oralizada' que sea, el 'lector' ha de reponer y vivificar el decisivo papel de los recursos prosódicos (entonación, ritmo, pausas) y paralingüísticos (gestos y movimientos), y los malentendidos



ABC

no se arreglan con unos cuantos emoticonos. Se sumarán (ya se han sumado), pero no llegarán a suplir a la primera y básica forma de comunicación, la que hace que el lenguaje sea el hecho *social* por antonomasia. Ninguna otra posibilidad ilimitadamente que los *participantes* contrasten la (des)información, expresen sus opiniones, apoyen, maticen y corrijan los argumentos propios y ajenos... Además, es más difícil que por escrito alguien se arrogue el papel de primer (y único) *actor*, y, a diferencia de lo que sucede en una charla de café o en la sobremesa de cualquier cena, se puede apagar el móvil sin caer en la mala educación. Claro que, como la distancia ha dejado de impedir que en la pantalla los rostros parlantes estén 'presentes', la historia puede repetirse, y los *charlatanes* volver a dominar la situación. Total, que no hay escapatoria.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

